res lo mismo Canalejas que Lerroux, Pablo Iglesias que Dalmacio Iglesias, Perez Galdós que Vázquez Mella, Melquiades Alvarez que Polo y Peyrolón.

Y si esto haceis, vosotros que vivís en el corazón de esa República Modelo... de picardías burguesas, y lo decís directamente, en nuestra lengua, con el prestigio de vuestra sinceridad, á nosotros, vuestros antiguos compañeros, vuestros buenos amigos, muchos de nosotros vuestros parientes, varios los que compartieron con algunos de vosotros los calabozos de Montjuich y de la cárcel vieja de Barcelona, y las penalidades del destierro, quizás lograréis destruir la maldita sugestión de la elocuencia política, que tantos infelices encanta ante ese ridículo trasto llamado urna electoral.

Esperando ver atendido mi ruego á vuelta de correo, os saluda fraternalmente vuestro viejo amigo y compañero

ANSELMO LORENZO

El origen de la Anarquía

No es ciertamente de ningún descubrimiento científico ni de cualquiera sistema filosófico de donde ha surgido la Anarquía. La ciencia sociológica está todavía bastante distante del momento en que se haya adquirido el grado de exactitud que se ha conseguido en la física y en la química. Y si en el estudio de los climas y del tiempo—la meteorología—no somos todavía justos al predecir el tiempo que hará en el espacio de un mes ó de ocho días, sería absolutamente absurdo pretender que en la ciencia social, la cual trata cosas infinitamente más complicadas que el viento y la lluvia, lo resolviera todo tan fácilmente, pero no obstante, nosotros podemos ya predecir científicamente el porvenir de la humanidad. Ha de tenerse en cuenta que los hombres de ciencia son como todos los otros y la mayoría de ellos pertenecen á la burguesía y muchos son empleados del Estado, y de aquí provienen la mayoría de los prejuicios. Por eso ha de tenerse en cuenta que la Anarquía no ha salido de las universidades.

Como el socialismo en general y como cualquier otro movimiento social, la Anarquía ha nacido en el seno del pueblo, y no mantendrá su vitalidad y su fuerza creadora si se retira de la corriente popular.

⁂

En todas las épocas hubo dos corrientes que se mantuvieron en lucha en la sociedad humana. De un lado, la masa, el pueblo, elaboraba bajo la forma de las costumbres, una cantidad de instituciones necesarias para hacer posible la vida en sociedad; para mantener la paz, para practicar el apoyo mútuo en todo lo que requiera un esfuerzo combinado. La tribu primitiva entre los salvajes, la comunidad y, más tarde el taller industrial —sin contar la ciudad de la Edad Media, el fundamento del derecho internacional que supieron constituir—todas estas instituciones y otras muchas que fueron elaboradas, no por los legisladores, sino que son la obra del espíritu creador de la masa.

Y del otro lado estuvieron siempre en medio de los hombres los magos que hacían llover por obra de los oráculos, los sacerdotes conocedores de las costumbres antiguas y los jefes de las bandas militares, los cuales han tratado siempre de imponer su autoridad al pueblo. Estos se sostenían recíprocamente en todos los momentos para mandar y dominar á las masas, obligándolas á la obediencia, gobernarlas y hacerlas trabajar.

Es evidente que la Anarquía se ha heredera de estas dos corrientes; esto es, la fuerza creadora, edificadora de las masas, las cuales elaboran las instituciones del derecho común para defenderse mejor contra las minorías de instintos dominadores. Y porque la fuerza creadora y edificadora del pueblo es el recurso de todas las fuerzas de la ciencia y de la técnica moderna, es porque la Anarquía trata hoy de elaborar las instituciones necesarias para garantizar la vida libre en la sociedad, al contrario de otros sistemas sociales que todo lo esperan de una legislación hecha por la minoría gubernamental. Entonces podemos decir que en todo tiempo la lucha se ha desarrollado entre estas dos fuerzas: de un lado los anarquistas y del otro todos los partidarios del Estado.

⁂

En todo tiempo se ha verificado esto: las instituciones, aun las mejores, aun aquellas que habían sido elaboradas en un principio para el mantenimiento de la igualdad, la paz y el apoyo recíproco, se han petrificado á medida que se envejecieron. Perdieron su savia primitiva, y tendían bajo la dominación de una minoría ambiciosa, transformándose finalmente en obstáculos para el disfrute de la vida libre dentro de la sociedad. Entonces de los individuos más ó menos aislados surgió la rebelión. Pero en tanto algunos de estos descontentos se rebelaban contra las instituciones que imposibilitaban el libre desenvolvimiento de los individuos, tratando de modificarlas en beneficio de todos y de hacer desaparecer el principio de autoridad, extraño á las instituciones que habían decidido imponerse, otros trataban de emanciparse de las instituciones sociales, (clan, tribu, etcétera), exclusivamente para colocarse por encima de aquellas, para dominar á los otros miembros y enriquecerse á cuenta de los otros.

Todos los reformadores políticos, religiosos y económicos, han pertenecido á la primera de estas categorías. Y sobre todo, ha habido siempre individuos que sin esperar que sus conciudadanos ó que una minoría estuviera compenetrada de las mismas intenciones, adelantándose á todos, se sublevaban contra la opresión, sin contar el número de los individuos que formaban el grupo, y á veces luchaban individualmente cuando no eran seguidos. De estos revolucionarios está plagada la historia.

⁂

Esos revolucionarios asumían dos aspectos diferentes. Unos rebelándose contra la autoridad, que ejercía una presión sobre la sociedad, procuraban destruirla, pero al mismo tiempo laboraban para hacerse ellos los amos de todo. Y después, en vez de un poder que se había hecho opresor, aquellos se esforzaban por construir otro nuevo y del cual serían sus detentadores, y prometían —obrando de buena fe—que la nueva autoridad sería la expresión del alma y de los intereses del pueblo; pero la promesa quedó incumplida.

Así es como se constituyó la autoridad imperial en la Roma de los Césares, la autoridad de la Iglesia en los primeros siglos de nuestra era, el poder dictatorial en la ciudad medioeval, en el siglo de la decadencia, etc., etc. De la misma se sacó provecho para constituir en Europa la autoridad real al fin del período del feudalismo. No será extraño ver en nuestros días, triunfante la fe en un emperador *popular*, un César bueno.

Pero contra esta corriente autoritaria otra se afirmaba ya en estos tiempos de revisión de las instituciones estables. En un tiempo, desde la Grecia antigua hasta nuestros días, hubo individuos de pensamiento y acción que trataban, no va de sustituir una autoridad por otra, sino de demoler toda autoridad dentro de las instituciones populares, sin proclamar otra. Y proclamaban la soberanía del individuo y del pueblo, tratando de emancipar las instituciones populares de la influencia autoritaria, á fin de poder dar plena libertad para que las colectividades pudieran desarrollar ampliamente su espíritu y permitiera al genio popular rectificar libremente sus instituciones de apoyo mutuo, en concordancia con las nuevas necesidades y con las condiciones de su existencia. En las ciudades de la Grecia antigua, y especialmente en aquellas de la Edad Media, como Florencia y otras, nosotros encontramos muchos ejemplos de tal género de lucha. Podemos así afirmar que los jacobinos y anarquistas han existido entre los reformadores y revolucionarios de todas las épocas.

⁂

En todas las épocas de la historia se han efectuado formidables movimientos populares con orientación anarquista: villas y ciudades sublevándose unas veces contra el principio de gobierno, contra los organismos del Estado, sus tribunales y sus leyes, proclamando la soberanía de los derechos del hombre.

Negaban todas las leyes escritas y afirmaban que cada uno debía gobernarse á sí mismo de acuerdo con su propia conciencia. Trataban de esa manera, de fundar una nueva sociedad basada sobre los principios de la igualdad y de la libertad completa del trabajo. El movimiento cristiano que se produjo en Judea, bajo el dominio de Augusto, contra el Estado, las leyes y la inmoralidad de aquella época, estaba influenciado por el espíritu anarquista. Poco á poco este movimiento fué degenerando en un movimiento religioso que tuvo por conclusión la edificación de una Iglesia basada en los modelos de la Hebrea y de la misma Roma imperial—esto mató todo lo que el cristianismo tenía de anarquista en sus principios—le dieron forma romana y se ha hecho el principal sostenedor del principio de autoridad, del Estado y, como consecuencia, de la esclavitud material y de la opresión política, social y económica.

El movimiento anabaptista que, en el fondo, inauguró é hizo la Reforma, en su principio, igual que los otros movimientos, tenía orientación anarquista. Pero pronto degeneró, desde que unidos á Lutero y otros reformadores, surgieron algunos frailes para combatir á los campesinos insurgentes. Este movimiento fué sofocado por medio de extrañamientos en masa de los campesinos y de la *plebe* de las ciudades que luchaban contra los obispos. Luego, el que había sido un movimiento de emancipación se transformó poco á poco en un movimiento religioso, bien conocido hoy con el nombre de *protestantismo*.

⁂

Para resumir, podemos afirmar que la Anarquía ha surgido de la misma protesta crítica y revolucionaria de donde ha surgido el socialismo en general. Sólo una parte de los socialistas han llegado á la negación del capital y de la sociedad basada en la esclavitud del trabajo al capital, sin preocuparse para nada de otra cosa. Ellos no se declararon contra lo que constituye la fuerza del capital—el Estado es su principal sostén: el principio de autoridad, las leyes—hechas siempre por una minoría en su provecho,—y la justicia penal, que fué constituida, sobre todo, para la protección de la autoridad y del capital.

La Anarquía jamás cesará en su crítica contra estas instituciones. Ella llevará continuamente su brazo sacrílego, no sólo contra el capital sino contra todos los puntales autoritarios del capitalismo.

PEDRO KROPOTKINE

(Traducción de L. Hobbes).

El fin del régimen capitalista

«Las hondas perturbaciones industriales que se van acentuando y multiplicando de día en día en todas las naciones y los graves perjuicios que ello ocasiona á la sociedad actual, requiere que ella se preocupe muy seriamente de hallar remedio al mal que hasta hoy, sólo lenta y paulatinamente, la va minando, pero que pronto, de no atajársele el camino, ha de llegar á producir su ruína.

Ello no es más que una de tantas manifestaciones de la ley que rige; la curva parabólica que domina toda evolución y rige todos los fenómenos ó manifestaciones de la vida. Y así como puede observarse el aparecer de los astros en el horizonte, su elevación hasta el zenit, para descender y ocultarse luego en otro punto del mismo horizonte, de modo análogo, la idea, la ciencia y demás exteriorizaciones de la humana vida, aparecen, se desarrollan y decrecen metamorfoseándose ó produciendo otras nuevas.

La Economía, como otras ciencias, ha evolucionado y evoluciona cada día hacia nuevos horizontes, que al nacer ni pudo vislumbrar, hasta el punto de haber dado origen á la Sociología que és la Economía del porvenir ó el porvenir de la Economía, existiendo ya hoy porción de problemas que, planteados dentro del campo de la primera, no puede esta resolver por sí sola, necesitando para realizarlo de la cooperación de la segunda.

La ciencia económica ha venido proclamando y sosteniendo desde Adam Smith la bondad del principio de la división del trabajo y subdivisión de funciones, gran verdad que con haber llegado á producir, aplicada á la fabricación y á la industria, las maravillosas invenciones modernas, está ocasionando hoy las mayores crisis industriales que se han conocido. Y es que los economistas, entusiasmados, admirados con su descubrimiento, llegaron al extremo de convertir al hombre en parte integrante de la máquina moderna.

El constante perfeccionamiento de ésta al relegar y prescindir de la destreza del antiguo artesano, ha motivado el éxodo de braceros agrícolas que al abandonar el campo por el taller ó la fábrica ha elevado de un modo perjudicial el ya considerable número de los descontentos y de los sin trabajo. Y ello unido á la descentralización de las industrias que van implantándose en todos los países, perdiendo la especialización que alcanzaron en muchos puntos, está ocasionando la gran crisis industrial que hoy se observa con la sobreproducción á que se ha llegado.

El exceso de producción que hoy sufren la industria y la fabricación, no se remediará buscando mercados que cada día han de ir disminuyendo por las razones antes mencionadas, sino proporcionando medios de adquisición á cierto número de gente que hoy carece de ellos, equilibrando la producción industrial con la agrícola. Una y otra se necesitan mutuamente y sólo compenetradas y niveladas rendirán beneficiosos resultados.

A este fin debiera tender cada Estado, produciendo según sus necesidades internas.

Quizás se objete que la tan conocida ley de Malthus se opone á esta solución, por cuanto según ella la población aumenta en progresión aritmética. No obstante, es lo cierto que si bien puede existir algo de lo que el mencionado principio sustenta, es ello únicamente en tanto subsista el actual abandono en que el hombre tiene la tierra. Hoy el obrero agrícola deserta del campo, yendo á las ciudades y grandes centros industriales en busca de un trabajo que considera más seguro y constante y mejor remunerado, y claro está, las tierras desfallecen y mueren por falta de brazos. Y no se diga que los terrenos así abandonados son malos ó estériles, porque ya en estos tiempos la mano del hombre ha hecho fértiles montes como los de la región del Rhin, dunas de arena en el norte de Francia, y los mismos eriales de Irlanda, convertido todo ello en tierras por demás productivas. Es más, según refiere el profesor Dyoswki es corriente en los contratos de arrendamiento de los horticultores de París el establecer que el arrendatario tiene derecho al dejar la finca á llevarse el terreno hasta cierta profundidad, porque se considera que él es quien lo ha hecho.

En naciones como Bélgica y alguna otra, á pesar de su gran densidad de población y de ofrecer condiciones naturales favorables á la agricultura solo una mitad del territorio escasamente, consistiendo la otra mitad en terrenos de arenas y cascajos, cuya natural esterilidad solo era posible vencer con abonos excesivos, según nos dice Laveleye, se obtienen con los modernos procedimientos de cultivo, aun en la región flamenca occidental que es la más estéril, no solo los productos alimenticios necesarios á sus seiscientos habitantes por milla cuadrada, sino que aún quedan en cantidad suficiente para la exportación que representa una cantidad aproximada á cien pesetas por individuo de población. Al mismo tiempo es Bélgica, como todo el mundo sabe, nación extraordinariamente manufacturera, de modo que en ella se hermanan y equilibran beneficiosamente la industria y la agricultura.

Por lo que á España se refiere, bien pudieran los gobiernos que la rigen preocuparse, más que de impedir ó siquiera restringir una emigración que se va haciendo fatal, de procurar por todos los medios á su alcance, protejer y dar impulso al cultivo de su suelo. Al efecto debieran imponerse contribuciones sobre todo terreno yermo, análogas á las que hoy satisfacen los roturados. Con ello habría de alcanzarse su explotación, ó el embargo por el Estado caso de insolvencia de sus actuales poseedores. Cuando esto último ocurriese, deberían ser vendidas las tierras por parcelas en pública subasta al mejor postor, quien mediante la obligación que contraería de cultivarla quedaría exento de pago de toda contribución que hubiere de pesar sobre su finca, durante un plazo determinado que podría variar según la calidad y demás condiciones del terreno á él adjudicado.

Con esta medida de expropiación por causa de utilidad pública y alguna otra complementaria: como la de crear organismos autónomos bajo la tutela é inspección del Estado, encargados de velar por el desarrollo de la pequeña agricultura y con la misión además de educar é instruir al labrador y prestarle ayuda en épocas de malas cosechas se llegaría en plazo no lejano á elevar considerablemente la producción agrícola, pudiendo así equilibrarse á no tardar con la que reporta la industria. Ello ocasionaría beneficios inmensos á las actuales generaciones y á las venideras, alejando el desquiciamiento social y la ruina que de formalizarse la lucha hoy planteada entre el capital y el trabajo se avecina.—A. MASÓ y LÓPEZ.»

(De «La Vanguardia», 23 de Noviembre.)

Recomiendo á los trabajadores y especialmente á los sindicalistas revolucionarios y anarquistas, se fijen en este trabajo, y en él se verá la bancarrota del régimen vigente basado en la propiedad privada de la tierra y de la industria que hasta ahora le dieron vida, y en él verán que las afirmaciones que yo hacía en mi trabajo *El actual momento histórico*, publicado en este semanario en el número 1.° de la cuarta época, tenía toda la razón.

Solo hay una diferencia: que en mi trabajo sostenía no solo la bancarrota de la actual organización en el orden económico, sino que afirmaba su total ruina en todos los órdenes, cosa que el autor de ese trabajo no quiere ver, creyendo que el Estado podrá evitar el derrumbamiento social para un plazo cercano.

Sostuvimos varias veces que el Estado como todas las escuelas políticas autoritarias es impotente para resolver el problema social, porque le falta fórmulas lógicas. La resolución del problema económico y social no existe fuera del socialismo y de la Anarquía, y no existe porque el mal no está en la falta de mercados para dar vida á la industria, sino que tiene sus raíces en la propiedad privada, base de la sociedad actual; pues aunque se pretendiera llegar á reducir la producción para los consumidores de cada pueblo, el problema quedaría como antes, sin solucionar, porque si por la falta de mercados ahora existe un gran ejército de desocupados, mañana, haciendo que la industria no produjera más que para un número reducido de consumidores, nos encontraríamos con un número mayor de desocupados que impedirían la vida de la sociedad actual.

La organización vigente no tiene ya vida, y dada la bancarrota económica, moral y social porque está atravesando, es de necesidad que los anarquistas estén preparados á todo evento para evitar que el derrumbamiento de la sociedad capitalista les aplaste.

En varios trabajos he sostenido que los anarquistas y los sindicalistas revolucionarios debían de prepararse para el caso que en la sociedad vigente se produjera la paralización de la producción de la industria, porque estuviera en el último límite de la bancarrota hacia donde va. La preparación que yo deseaba era la de que, en vista de la ley de la evolución que nos lleva, no al triunfo de los extremos, sino de los términos medios, como sostiene el filósofo italiano Juan Bovio, que afirma que de la próxima revolución social no surgirá la Anarquía sino una República social.

Y como nosotros no podemos conformarnos con esa finalidad, creemos que nada será mejor que crear una minoría revolucionaria que, á la par que trabaje para destruir todo el principio autoritario burgués ha de construir los organismos dueños y administradores de la producción al mañana de la revolución. Y por eso he sostenido, tratando del último Congreso Obrero, que el sindicalismo, que ha surgido como una consecuencia de la actual organización capitalista, y que trabaja actualmente para destruirla, ha de procurarse una finalidad, hasta que la evolución de esa misma finalidad nos conduzca hacia un estado social en el que desaparezca hasta el último vestigio de autoridad siempre engendradora de tiranía y opresión: el comunismo como organización económica y la Anarquía como organización política. *El hombre libre en la tierra libre.*

ANTONIO LOREDO

MILITARISMO

He aquí un grave asunto, que es la desvirtuación de la humanidad entera, y del cual, la juventud en general, nos debemos preocupar, hasta conseguir el cierto descubrimiento de lo más recóndito que su misterioso, al mismo tiempo que comprensible, argumento contiene.

¡Militarismo! ¿Qué significa esta palabra? Pues significa el arte de saber disciplinar hombres y apestarlos para la lucha contra otros seres de iguales sentidos orgánicos; es decir, significa el símbolo de la guerra perpetuado en un país, dispuestos igual á pelearse á favor de la patria, como á combatir á los de su patria ¡sólo en la defensa de los poseedores del fruto del sudor del proletariado! Guerra significa un rompimiento de paz, mejor dicho: es la feroz lucha entre hermanos, es el salvajismo más significado.

Y la palabra paz, bajo el punto de vista filosófico, es la virtud que encarna la tranquilidad en el ánimo y la libertad en la acción; es la común mutuación. Así, pues, según nuestro parecer, queda demostrado que la existencia de la paz ó de la libertad proviene de la extinción de la guerra, y que la guerra data de la abolición del militarismo en general...

. . . . . .

¿Para qué estas luchas titánicas que desde la existencia de la humanidad se vienen planteando, resolviendo, pero nunca sacándose ú obteniéndose el cociente?

¿Qué es á lo que se aspira ó aspiramos con la lucha entre el Capital y el Trabajo?

Como es bien sabido por todos, la referida aspiración consiste en la implantación de la igualdad de bienes económicos, y del voluntario trabajo en general.

Pues si nuestra aspiración es lo más arriba afirmado, ¿cómo es que estamos pasando inútilmente al tiempo, destrozando y rompiendo los adornos, si aún restan fuertes y potentes las columnas sostenedoras del baluarte?

¿No comprendéis que nuestro trabajo da por resultado una ilusión?

A nuestro parecer, las fuerzas, los ataques, la propaganda, etc., etc., deberíase levantar potente é invencible contra los sostenedores de la fortaleza que se quiere derribar, es decir, contra el... militarismo.

Porque á diario vemos resurgir, en las luchas contra el capital, sus defensores, ó sea el militarismo, mostrándonos el apoderado lucir de sus espadas, ó haciéndonos oir el atronador ruido de sus fusiles, y cuando la fuerza proletaria, ante tanta ignorancia no se rinde, le enseñan los cañones dispuestos á disparar, lo que equivale á decir, ó la muerte ó la esclavitud» y esta y otras, son las labores del militarismo.

¿Y cual es el modo de combatirlo y el modo de su más fácil destrucción? Cumpliendo lo más arriba expuesto... las fuerzas, los ataques, las propagandas, etc., etc., levantarles y dirigirles á la juventud, árbol del militarismo.

El militarismo sabemos perfectamente que es la ruina del mundo, la causa de la explotación y el servilismo, de los gobernantes y de los gobernados: es, en fin, la causa de que el siglo XX ¡aún existan fronteras!

Pues convencidos va de los grandes perjuicios y daños que reportan las columnas de la muralla capitalista, y deseando, mejor dicho, y queriendo nosotros derribarla, destruirla, hacerla cenizas, ¿á dónde hemos de dirigir nuestros ataques? ¡A los puntales del Capitalismo!

Este es el primer fruto del juvenil grupo

LIBERTARIOS ERRANTES

Pueblo Nuevo. (Barcelona).

Congreso Obrero Nacional

Según decíamos en el número anterior, seguimos publicando los dictámenes más importantes de los temas discutidos en el Congreso Obrero Nacional.

Tema 7.° *La Huelga General, para que surta sus efectos de eficaz defensa del proletariado, ¿puede ser pacífica ó ha de ser esencialmente revolucionaria? En todo caso, ¿en qué forma cree el Congreso debe emplearse para su seguro éxito?*

DICTAMEN

Es este un problema arduo, pavoroso y de actualidad. La ponencia que suscribe, al hacer de él un estudio lo más concienzudo posible, dentro del lapso de tiempo relativamente corto de que dispone, ha de declarar francamente, brutalmente, aunque la frase sea dura, que la huelga general ha de ser esencialmente revolucionaria. ¿Por qué? Por las siguientes razones:

La huelga general, el cruzarse de brazos en un momento dado todos los trabajadores, trae como consecuencia un trastorno tan grande dentro de la marcha de la actual sociedad de explotados y explotadores, que imprescindiblemente habrá de causar una explosión, un choque, entre las fuerzas antagónicas que hoy luchamos por la vida; pues así como la tierra, si deiase de girar sobre su eje, chocaría con cualquier otro astro, nosotros, al dejar de laborar, chocaríamos asimismo con todos aquellos que no quieren que salgamos del círculo de hierro en que estamos metidos.

La huelga general parecía es imposible que pueda ser duradera. Fijaos lo que sucedería en el hogar proletario cuando á los pocos días, quizá al día siguiente del paro, se acabaran las escasas provisiones de boca con que se contara; lanzaríase aquel trabajador á buscarlas fuera de casa, se uniría á otros que estuvieran en el mismo caso y como no habiendo producido esos días y holgando también los expendedores de los mercados, no habría donde adquirirlas legalmente (en caso favorable de disponer de fondos para ello), tendrían que dirigirse á esos grandes sitios de acaparación, á esos grandes almacenes abarrotados de género, que á veces se pudre, mientras muchos desheredados caen desfallecidos por la abstinencia. Mas como esos almacenes son de propiedad privada, la fuerza pública viene obligada, dentro del actual estado de cosas, á defenderlos, y de ahí resultaría uno de los muchos choques que una huelga general trae consigo.

La huelga general ha de ser revolucionaria, porque los guardadores del orden, para guardarlo, no conocen ó no ponen en práctica otros medios que los de perseguir y encarcelar á los más activos, á los que llevan desde un principio la dirección de la lucha; y el resto de los obreros ha de protestar de la práctica de estos medios, y esta protesta debe ser violenta, pues de lo contrario, en lugar de vencer á los tiranos, inmolarían nuevas víctimas.

Otros mil argumentos pudiéramos aducir en favor del carácter revolucionario de una huelga general, pero creyendo que durante la discusión del presente dictamen se expondrán á la consideración del Congreso, á él dejamos su exposición. Teniendo que ser revolucionaria la huelga general, ¿cuándo ha de llevarse á la práctica para su completo éxito?

He ahí el problema. Hasta ahora se ha hecho uso varias veces de dicha arma; pero declaremos que es un arma tan grande, de resultados tan contradictorios si no se emplea con conocimiento de causa, que podría ser, quizá, causa de nuestro rebajamiento moral.

Y para que esto no suceda, la ponencia dictaminadora cree:

Que una huelga general no debe declararse para alcanzar un poco más de jornal ó una disminución en la jornada, sino para lograr una transformación total en el modo de producir y distribuir los productos.

Para esto es preciso una fuerte conexión entre todos los obreros, no de una región, sino de las distintas regiones que integran la nación española, para que la huelga sea general en la verdadera aceptación de la palabra, quizá en la única aceptación, cuando dejen de producir al unísono todos los asalariados de un mismo país: aunque esto no sea óbice para que, cuando los trabajadores estemos bien comprendidos de nuestra misión, se logre, por medio de las Confederaciones internacionales, la huelga universal, que será el día que empiece á brillar la luz de la justicia.

Empero esto no suceda y concretándonos á España, la experiencia nos ha enseñado que la huelga general en una sola localidad, si bien no nos causa grandes perjuicios porque demostramos nuestro espíritu de lucha y nuestros deseos de emancipación, lo cual ya es, como dijo un burgués, sun aldadonazo que damos á las puertas burguesas», en cambio, hemos de confesar que, localizada la huelga en un punto y estando el resto de los obreros de la nación en pasividad completa, las fuerzas públicas, al servicio de la burguesía, se congregan en aquel lugar, siendo fácil relativamente á los gobiernos sofocar la sebelión.

Creemos, pues, que la huelga general, para su completo éxito, debe llevarse á la práctica cuando los obreros federados en la Confederación Nacional estén capacitados para llevar á feliz término la renovación de las malas condiciones en que hoy se trabaja.

No obstante, pueden darse—y se dan—casos en que la burguesía ó los gobiernos, por su condición egoísta, obliguen al obrero á declarar una huelga general en una localidad ó una región, y creemos, para estos casos, que el comité local sea el encargado de resolverlo, y estudiar si debe extenderse á la nación, y únicamente, en un caso concreto, y como conclusión, debe el Congreso acordar ir á la huelga general, en caso de aventuras guerreras, pues en ellas el proletariado únicamente pierde sangre y no gana nada.

R. Costa.—J. Bueso.—D. Serra.—J. Jaumar.—J. Benet.—M. Mañé.—R. Canto.

Crónica argentina

Buenos Aires, Departamento de Policía, 31-10-10

Camaradas de TIERRA Y LIBERTAD

Barcelona

Por las circunstancias que paso á detallar me veo imposibilitado de enumerar en esta crónica los padecimientos y vicisitudes soportadas por nuestros infatigables compañeros en el destierro dantesco, en el helado confín de la Tierra del fuego. Tal vez por otro conducto os llegue el relato de su dolorosa odisea y los pormenores trágicos que han constatado acerca de la horripilante vida y el feroz régimen que pesa sobre los desgraciados penados, á quienes se abandona y castiga en aquella segunda Siberia republicana. Afortunadamente, ellos han regresado ya de aquel lugar de infortunios y ferocidades humanas, arrancados de él por la solidaridad proletaria y anárquica que, como siempre, fué fecunda y eficaz, y hoy retemplan sus energías al calor del aprecio de todos sus afines, para reemprender la ineludible tarea de luchar contra el actual régimen social.

Me concretaré, pues, á ocuparme del actual momento de la lucha libertaria, cuyo incidente más álgido ha sido el proceso incoado á *La Protesta* en el que, por una coincidencia lisongera para mis lides emancipadoras, me veo también envuelto, y el cual, sin duda alguna, viene á contribuir á la inmensa estimación que todos profesamos por nuestro batallador y simbólico diario, cuya innumerable serie de sobresaltos, penurias y embates (consecuencia de la tenacidad y heroísmo de sus campañas libertarias), aumenta siempre y siempre, con el entusiasmo de sus sostenedores y la rebeldía de todos los que difunden las ideas anarquistas.

En vano para sus propósitos de dominación y acogotamiento de los que sienten ansias de libertad, legislaron los gobernantes argentinos redactando la ley más bodrio y estupenda que en democracia alguna se haya promulgado. Sus absurdas prescripciones, con que trataban de eliminar definitivamente el *fermento* anarquista, produjeron únicamente el efecto lógico y previsto, su refinación y recrudescencia; y la ley llamada con cinismo *de defensa social*, ha servido para que ante las prepotencias y anacronismos de los que encarnan la representación de un régimen social veturoso y arcaico, se levanten con entereza las afirmaciones y gallardas convicciones de los que, á la luz de la Ciencia, trabajan por demolerlo, impacientes ya por levantar el monumento nuevo de las libertades humanas y las armonías sociales.

Así *La Protesta* se lanzó á la palestra del combate, causando el pavor y el odio de todos aquellos que con incendiarla la supusieron desaparecida. Secuestros y detenciones no impedían su atrevida circulación, hasta que se imaginó inaugurar en ella la famosa y draconiana ley. ¡Pobres ilusos, que dentro de su malignidad se acreditan de despreciables! Ellos no vieron que esta extrema medida, considerada sin duda como decisiva, no lograba si no que el diario se ciñera el más preciado timbre de gloria con que se engalanan los triunfadores de la actual guerra social: el proceso judicial.

El administrador del diario, compañero Salva, y otro camarada que junto conmigo lo difundía públicamente, fueron detenidos, y á los tres se nos acusa de haber amenazado con «*hacer volar*» al presidente de la nación—lo cual, dicho sea de paso, con ser en sí mismo risible é inocente es además inexacto—siendo lo bueno del caso que fiscales, fiscales y juristas se agitan desconcertados, revuelven códigos y jurisprudencias, enumeran artículos é incisos y, en conclusión, se declaran incompetentes para entender la índole del *delito*; titubeando sin duda de cometer tan formidable desacierto.

Entre tanto, *La Protesta* se prepara á aparecer de nuevo, sustentando incólumes los mismos ideales. *La Acción Socialista*, semanario sindicalista, se transforma en el diario «*La Acción Obrera. Luz al Soldado*, reaparece pregonando el antimilitarismo. Los periódicos gremiales surgen con los colores bien vivos. (Uno de ellos, *El Obrero Pintor*», cae también bajo la ley social y son procesados los compañeros Gabbiani y Chistiaenis, difundidores del mismo).

Por su parte el gobierno impide reuniones y conferencias; las veladas sociales de solidaridad son impedidas con amenazas confidenciales de incendios y asaltos á los salones que las realicen; el arzobispo prohibe de hecho las manifestaciones anticlericales; el capitalismo redobla sus procedimientos de explotación al amparo de la arbitrariedad política; los atropellos judiciales y de la policía siguen en aumento y, en suma, el país en que Clemenceau habló de Democracia, que Lerroux ilustró con *radicalismos* republicanos y a cuyos representantes oficiales calificó France de *parvenus*, sigue siendo la ignominia de la civilización sudamericana.

H. GRAU

No pueden quererlas

Inocente y ridícula esperanza sería si los partidarios de la enseñanza racionalista esperáramos de los gobiernos, cualesquiera que ellos sean, alguna protección ó siquiera respeto y neutralidad para las escuelas racionalistas. Sería tener un criterio menguado y raquítico de lo que son y á lo que aspiran los gobiernos de todos los colores y de todas las calañas.

No pueden los gobiernos estar de conformidad con la enseñanza racionalista, porque ellos son encarnación genuina del más despótico y tiranc autoritarismo y gustan por tanto de la ignorancia y analfabetismo que hace de súbditos infelices, autómatas maniquíes, sin voluntad ni conciencia; y la enseñanza racionalista hace hombres conscientes y dignos, y la dignidad no admite tiránicas restricciones de leyes coercitivas, ni groseras imposiciones de soberbios endiosados oligarcas.

La enseñanza racionalista ensancha los horizontes de nuestros conocimientos, y poniéndonos en comunicación con la intelectualidad de otros países, borra las fronteras de mezquinas nacionalidades, para estrechar nuestras relaciones de hombres y hacernos ciudadanos del mundo: porque el hombre pierde en patriotismo tanto cuanto gana en cultura, y es menos pegado á las costumbres de su país cuanto más adelanta en el conocimiento de los demás.

Pero á los gobiernos no les parece bien, ni les conviene tampoco este despertar grandioso de la inteligencia humana; por eso no quieren que arrojemos de nosotros el roñoso y pesado lastre de preocupaciones políticas, que á ellos proporciona buena y abundante pesca, pero que á nosotros nos hace zozobrar.

Saben muy bien los gobernantes que, á medida que los dominios de la escuela racionalista se vayan extendiendo, iráse reduciendo el radio de acción de los gobiernos, y como quiera que ellos renuncian de mal grado á la tutoría de los pueblos, de ahí el que les convenga que estos no lleguen nunca á su mayoría de edad.

Por eso no verán con buenos ojos la fundación y funcionamiento de ninguna Escuela Moderna; por eso pondrán su veto y obstaculizarán en todo lo posible el desarrollo de la enseñanza racionalista: por eso quieren obligarnos á tragar la insubstancial y fosilizante droga de la enseñanza oficial, compuesta con arreglo á su recetario político; y por eso también dan carta blanca á clérigos y clericales, grandes é insustituibles maestros en el arte de masturbar las inteligencias infantiles, para que moldeando á gusto suyo las generaciones del porvenir (ya que las presentes tienden á rebelarse), hagan de la humanidad un rebaño de dóciles y mansos corderos, fáciles de conducir por el desierto de la vida.

Y siendo esto así ¿podemos esperar de los gobernantes algo en pro de la enseñanza racionalista? ¿Podemos esperar siquiera que, sobre el particular, se respeten nuestras ideas?

GALO

Gijón.—sta. Ana.

Lisboa á la semana

La falta de inteligencia y el creer que en ésta habría corresponsal encargado de noticiar algo referente á las reivindicaciones obreras, no pensé transmitir crónicas relacionadas con el movimiento anarquista, sindicalista y político, mas convencido de lo segundo me complazco en servir por este medio á la causa de la Anarquía.

La revolución iniciada y hecha por el elemento republicano ayudado por anarquistas, intervencionalistas y socialistas de Estado, careció de todo valor social: la incapacidad ó manifiesta malicia de estos últimos fué causa de que el pueblo se mostrara tan inepto en las luchas sociales en pleno período revolucionario. Los puntales del escarnio y de la miseria, capital, Estado y propiedad, hubieran desaparecido si los tales no se hubieran conformado con la simple transformación del Estado: mas esto tiene su origen en ocultar la verdad á los lerrouxistas de España que les dicen que la república ha de satisfacer las aspiraciones del proletariado, ocultando de una manera vil lo que aquí ocurre; pues al igual que antes viven del robo que se hace al obrero en todos los estados.

Como dejo dicho, la revolución no tuvo ni por asomo tendencias económico-sociales, reduciéndose tan solo á un mal combinado golpe de Estado, que si triunfó no fué por las energías por ellos desplegadas, sino porque las grandes compañías de explotación, sostenedoras del anterior régimen, vieron ó creyeron ver la anulación completa de la propiedad por un expontáneo movimiento eminentemente obrero que diera al traste con sus privilegios, ante cuyo temor evolucionaron entendiéndose entre sí, deduciéndose de tal hecho la rendición de fuerzas sieie veces mayores á las de los revolucionarios, ya que éstos aseguran todo cuanto asegurara el anterior gobierno.

Y claro está que una revolución de esta naturaleza, basada en el bien individual de una minoría, no hace, ni puede hacer otra cosa, que desemplear á unos para emplear á otros, á cuyo efecto se comprueban listas para ver si tienen ó no derecho á lo dicho y á las 25 pesetas.

Y mientras estos intervencionalistas de poca monta soliciten empleos tan viles como viles son ellos, aconsejan á las masas obreras que no se declaren en huelga, para de este modo afianzar más la república. ¿Cómo si los trabajadores no estuvieran igual con república que con monarquía?

Los gremios, comprendiendo en la práctica lo que nosotros, los anarquistas, á cada instante decimos, de que todos los gobiernos son iguales y ninguno va en contra del capital, se unen para la lucha y ya pasan de 30 las huelgas en preparación.

Hasta ahora ha habido tres: una la de los carreteros, en número de 1.000, obteniendo un colosal triunfo; otra la de zapateros, y la otra la de empleados de tranvías: éstos piden ocho horas de trabajo y 5.50 pesetas de jornal.

Para la próxima semana aparecerán dos semanarios sindicalistas y uno anarquista.

Hasta la otra, que seguramente habrá cosas chocantes.

EL ALPARGATERO

Lisboa.

Crónica de San Pablo (Brasil)

Compañeros de TIERRA Y LIBERTAD, salud: No se si tendréis conocimiento del segundo asalto que dieron las autoridades republicanas al Centro Obrero instalado en el Largo Riachuelo. Como es consiguiente en esta clase de ladrones legales, se incautaron de todo el mobiliario como también de la biblioteca, por el solo crimen de asociación, que tan respetada es en las clases capitalistas pero no en los trabajadores, que cuando tratan de mejorar su situación intelectual y material son considerados criminales. La consecuencia de este resultado fué la proclamación de la huelga de diferentes oficios, Hubo, como es natural en estos casos, prisiones, palos, etc., etc. Hay que advertir que la sociedad estaba registrada en el artículo no sé cuantos de las leyes republicanas.

Los periódicos rotativos plagiaban la monserga de siempre. Todo parecía quedar en olvido, hasta que un señor letrado se brindó á hacer patente la justicia por medio de un juicio.

Los obreros, incautos siempre y de buena fe, acogieron á este salvador de la justicia histórica, que le iría á salvar y restituir lo que republicanamente les han robado. Pero ya va para un año y el juicio no se ha celebrado, y es lo que nabrán dicho los compadres: dejemos este juicio, para el día del juicio final.

⁂

El día 13 del presente m